



Víctor Ruiz Iriarte

Un día en la gloria
Farsa en un acto

La obra teatral de Víctor Ruiz Iriarte siempre defendió el derecho a soñar y a compartir el optimismo; incluso en los momentos más duros, como los de una España autárquica en la que un grupo de estudiantes celebró el inicio del curso con la puesta en escena del sueño de la Gloria rodeado de «un vaho sobrenatural». No sobrarían los medios para un estreno con una continuidad problemática, pero la voluntad quedaba al margen de cualquier duda. El objetivo era crear un ambiente de «pura imaginación y fantasía» donde, en tono de farsa, se recreara la idea de que ya nadie aspiraba a poblar un lugar destinado a la inmortalidad y la fama. Aunque jóvenes y con la vida por delante, los intérpretes del Teatro Español Universitario del distrito de Zaragoza, bajo la dirección de José María Forqué -cineasta fiel a sus orígenes teatrales- estrenaron *Un día en la Gloria*. Durante la representación decían añorar tiempos pasados que no conocieron mientras lamentaban el presente de una «humanidad ruin y poco ambiciosa». La acusación era universal para tranquilidad de todos. La responsabilidad de esta cuesta abajo recaía en el «capricho de las multitudes» a la hora de poblar un mundo habitado por las sombras, ya que la Gloria tan solo es «el recuerdo que de nuestra vida tienen los que viven en el mundo». Mal asunto, pues bastante difícil resultaba para esas multitudes sobrevivir en medio de tantos espantos capaces de poblar lugares menos fantasmales que la esquiva Gloria.

El joven autor lamenta a través de los diálogos que sus contemporáneos no sueñen y carezcan de ambición. También que sean vulgares o caprichosos a la hora de encumbrar a quienes merecen el honor de la fama y la inmortalidad. Los ecos de los aplausos y los gritos de las masas introducen lo cursi y lo pasajero donde sólo debiera encontrar acomodo lo inmortal y lo trascendente. El Herald, «el trompeta de la ilusión», lanza sus clarines sin desfallecer convocando a la Gloria. Confía todavía en nuevas incorporaciones, pero la última palabra la tienen unas multitudes capaces de mezclar en tan privativo lugar a Séneca con la Fornarina y que, puestas a recordar, confunden a Napoleón con Robert Lorry, el actor que recrea su personalidad en el último estreno cinematográfico. Es el signo de los tiempos, tal vez de cualquier tiempo, y tampoco conviene tomárselo a pecho o con amargura porque de una farsa amable y de inicio de curso se trata. En última instancia, y a pesar del leve escepticismo sobre la viabilidad de la Gloria, al final el Herald, encaramado en la balastrada, toca su trompeta y llama a los hombres «¡A la Gloria! ¡A la Gloria!». Siempre hay un motivo para el optimismo en el teatro de Víctor Ruiz Iriarte, aunque sea el basado en los sueños de quien está predispuesto a sonreír.

Un día en la Gloria es una obra de juventud y anterior a los primeros estrenos comerciales, pero escrita con la sensibilidad, la cultura y la elegancia de un Ruiz Iriarte ya definido teatralmente desde sus comienzos. El texto fue publicado en el número inaugural de Haz, la «revista nacional» del Sindicato de Estudiantes Universitarios. Un organismo de afiliación obligatoria, como tantos de aquella época. Corría el mes de febrero de 1943, el silencio se imponía y este tipo de publicaciones era el único refugio para los jóvenes creadores con inquietudes. Hasta bien entrados los años cincuenta, bastantes autores dieron sus primeros pasos en los diferentes géneros literarios gracias a unas instancias oficiales que financiaban revistas testimoniales. Apenas incidían en los gustos populares, tampoco se difundían demasiado, pero en sus consejos de redacción tuvieron presencia los sectores que por su falangismo, a veces irredento, podían resultar menos integristas y hasta dejar resquicios para dramaturgos disidentes como Alfonso Sastre. Algún ejemplar de aquella revista llegaría a la sede del TEU de Zaragoza y caería en las manos del joven director José M.^a Forqué. La farsa en un acto comenzó así una modesta andadura, pero emocionante para un creador que llevaba varios años esperando, con las ideas claras, un debut en el teatro comercial.

El 13 de diciembre de 1943, el Aula de Cultura del Ateneo de Madrid organizó un acto público «bajo la presidencia del padre Mateo y con el camarada Mediano como secretario». El ambiente respondía a los patrones de una posguerra de sotanas y uniformes. Los invitados en esta ocasión eran Miguel Ródenas, crítico teatral de ABC, y Víctor Ruiz Iriarte, que leyó Un día en la Gloria como si lo hiciera ante una compañía profesional dispuesta a estrenársela. No abundaban oportunidades como la que le brindaba tan distinguida tribuna. Terminada la lectura, «hubo entre autor y crítico un breve diálogo sobre la tesis de la comedia» (Arriba, 14 diciembre 1943). Desconocemos las conclusiones, pero fue acogido con satisfacción por los asistentes a tenor de lo escrito en las crónicas.

Los ecos de la lectura en el Ateneo y el estreno en Zaragoza llegarían

hasta Modesto Higuera, que asumió la dirección de la farsa en un festival organizado por el TEU de Madrid en el teatro Español el 4 de julio de 1944. Completaba el cartel la puesta en escena de una adaptación de *La vida es sueño* de Calderón, siendo la breve obra de Ruiz Iriarte una forma de iniciar «la fiesta a la vieja usanza» (Madrid, 5 julio 1944). El éxito fue notable de acuerdo con lo publicado en la prensa. El crítico Alfredo Marqueríe se extendió en elogios y concluyó afirmando que el autor había «logrado ya mejor puntuación en la literatura escénica que muchos de los autores sedicentemente consagrados y populares con vasto -y basto-repertorio» (ABC, 5 julio 1944). Se valoraba mucho la distinción y la elegancia en los círculos literarios o teatrales de la posguerra. Jorge de la Cueva elogió la acción ligera de la obrita como «el núcleo en torno al cual el autor va acumulando pensamientos y frases enjundiosas y alusiones sutiles de certero efecto, sin que padezca el movimiento ni el sentido teatral de la farsa, ni el interés del público, que se manifestó en grandes aplausos, que el autor hubo de recoger desde la escena» (Ya, 5 julio 1944).

En noviembre del mismo año, el TEU madrileño volvería al teatro Español con otra sesión en la que se incluyó de nuevo *Un día en la Gloria*, esta vez junto con la humorada *Ático izquierda*, del médico y hoy olvidado comediógrafo Julio Angulo. Ruiz Iriarte había compartido cartel con un auto sacramental de Calderón, la crítica había señalado en su obra positivas influencias de Bernard Shaw, Anatole France y Oscar Wilde, todos le auguraban una brillante trayectoria... El autor tenía motivos para sentirse satisfecho con una obrita que parecía del agrado universal. Tanto sería su orgullo que se mostró dispuesto a prorrogar la difusión del texto con una edición no venal de cien ejemplares. La repartiría entre sus amigos y las gentes del teatro, como una semilla de futuro. El joven comediógrafo necesitaba dar el paso adelante para adentrarse en el teatro profesional, pero confiaría en un texto amable, curioso y escrito con la pulcritud de quien nunca cayó en lo vulgar.

La lectura de *Un día en la Gloria* nos depara hoy una sensación de ingenuidad propia de una farsa, combinada con ternura y una ligera ironía. Percibimos en múltiples rasgos estilísticos a un autor culto y sensible, atento a los recursos de un oficio que fue aprendiendo con aplicación, pero también la necesidad imperiosa de un sueño. Lo compartieron aquellos universitarios con inquietudes artísticas que buscaban un teatro distinto al de las carteleras comerciales. La distinción sólo podía venir por el camino de un juego amable y de suaves perfiles, sin aristas que resultaran conflictivas, pero con las suficientes notas cultas para evidenciar la distancia que mediaba con respecto a lo que Alfredo Marqueríe definiera como repertorio vasto y basto de tantos autores. Al final de su trayectoria, Ruiz Iriarte contó con el generoso fruto de una labor continuada e incansable. Sin embargo, desde el principio supo esquivar los caminos de lo vulgar. Esa cualidad distintiva era su aval para esperar una oportunidad que le vendría poco después de estrenar *Un día en la Gloria* gracias a los muchachos del TEU comandados por José María Forqué y los no menos entusiastas bajo la dirección de Modesto Higuera. El padre Mateo y el camarada Mediano también sonreirían al ver en los escenarios una farsa leída con tanto entusiasmo por el autor.

Juan Antonio Ríos Carratalá
Universidad de Alicante

A Enrique Azcoaga²

Esta comedia se estrenó por primera vez en España en el teatro Argensola, de Zaragoza, el 23 de septiembre de 1943, y en el teatro Español, de Madrid, por el cuadro del Teatro Español Universitario, la noche del 4 de julio de 1944.

PERSONAJES

Reparto en Madrid por orden de aparición en escena

EL CHAMBELÁN DE LA GLORIA. JOSÉ FRANCO.

EL HERALDO. AUGUSTO DOMÍNGUEZ.

SARAH BERNHARDT. CECILIA FERRAZ.

JUANA DE ARCO. MARY CAMPOS.

ELLA. ANGELINES CAMPOS.

DON JUAN. JOSÉ LUIS HEREDIA.

NAPOLEÓN. JOSÉ LUIS LÓPEZ.

EL FAMOSÍSIMO ROBERT LORRY. DOMINGO LÓPEZ.

DIEGO CORRIENTES. BERNARDO S. TOSCANO.

Acto único

Una gran terraza, de blanco pavimento, a elevadísima altura sobre este mundo nuestro minúsculo y sin importancia. Al final, bella balaustrada dividida en dos cuerpos simétricos para dar lugar en su centro a una escalera de acceso al recinto. Todo blanco, menos el fondo, que, detrás de la balaustrada, es un cielo azul, rico y ufano. Luces claras de aurora ingravida y contenta. Y en todo, misterioso, inexplicable, un subrepticio vaho sobrenatural... Cuando se levanta el telón, un raro personaje, juvenil y lisonjero, monta guardia junto a la escalera. Es el Heraldito. Su atavío, como el ambiente, es pura imaginación y fantasía. Sus piernas, mozas y ágiles, revestidas con mallas blancas. Sobre su cabeza, un gorro gracioso rematado con rojo pompón acaracolado. Y en la mano, una gran trompeta metálica, larga y reluciente. Otro individuo, rechoncho, repolludo, pasea con fachenda solemne y estrafalaria: el Chambelán. Lleva, sin ninguna altivez, uniforme de oficial de la Guardia en la Corte Imperial de Nicolás II⁴. Botas charoladas. Espuelas de plata. Guerrera con botonadura relumbrante. Una fila enorme de condecoraciones. Bigotudo como un cosaco de «film»...

HERALDO.- (Una pausa. Voz joven y emocionada.) Vea el señor Chambelán... Ya amanece.

CHAMBELÁN.- (Frotándose las manos.) Sí, hace fresquito.

HERALDO.- (Misteriosamente.) Con su permiso, señor Chambelán. (Blande la trompeta.) Es la hora.

CHAMBELÁN.- Sí, sí. Toca, hijo; toca la trompeta. (EL HERALDO, cara al cielo, enarbola la trompeta y prorrumpe en un clarín largo y suave. Acaba.) ¡Ajajá! Lo haces maravillosamente, muchacho. Cada día mejor... (Una pausa.) ¿Qué? ¿Sube alguien?

HERALDO.- (Inclinado sobre la balaustrada mira ansioso, hacia abajo. Se incorpora muy triste.) Nadie...

CHAMBELÁN.- ¡Qué fracaso!... Es horrible. Necesitamos gente nueva; pero es inútil. Esto se amustia, se entristece... Al parecer, en el mundo ya no está bien visto preocuparse por venir aquí a la Gloria.

HERALDO.- ¡Oh!

CHAMBELÁN.- ¡Digo! Las buenas gentes van al cielo. Los malvados, al infierno. Pero aquí, a la Gloria, donde están la inmortalidad y la fama, no sube nadie... Espantoso. No me lo explico.

HERALDO.- Sencilísimo, señor Chambelán... En el Limbo nos hacen una competencia escandalosa.

CHAMBELÁN.- Verdad. Estamos perdidos. Nos ganan. (Otra vez se frota las manos.) ¡Hum!

HERALDO.- (Triste.) Señor, en la Gloria estamos en crisis, porque en el mundo los hombres están en decadencia... No tienen ambición. No sueñan.

CHAMBELÁN.- Berr... Un asco.

HERALDO.- Así es difícilísimo venir a la Gloria. Antes... ¡Oh, eran otros tiempos! Hace unos años, en un amanecer como éste, al toque de mi trompeta, subieron por esta escalera tres poetas españoles, una danzarina rusa, un violinista húngaro, dos pintores italianos... Un humorista inglés, que se pegó un tiro. Un príncipe japonés, que se hizo el «harakiri» por amor. Y dos negros yanquis.

CHAMBELÁN.- ¡Hola! ¿Dos negros?

HERALDO.- Sí. Uno, campeón del mundo de boxeo. El otro, senador... Fue un día inolvidable.

CHAMBELÁN.- (Un poco conmovido.) Oye, pequeño, ¿recuerdas aquella mañana cuando yo llegué aquí, a la Gloria?... ¡Tantos años ya!...

HERALDO.- ¡Sí! Lo recuerdo perfectamente. Ahí estaba el zar Nicolás II. Muy emocionado. Muy contento. Abrazó al señor y le dijo: «Querido Alexis... Mi gran duque Alexis. Sólo faltabas tú. Todos hemos alcanzado la Gloria. Nosotros en el patíbulo... Tú como domador de fieras. ¡Ya estamos todos!». Yo me emocioné muchísimo.

CHAMBELÁN.- ¡Oh! Y yo. ¡Qué día! ¡El zar me quiere tanto!...

HERALDO.- Sí. Por eso las malas lenguas dicen que al señor le nombraron Chambelán de la Gloria por influencias...

CHAMBELÁN.- ¡Niño!

HERALDO.- (Transición.) ¡Perdón, señor Chambelán! (Tímidamente.) Quisiera repetir la llamada, señor Chambelán...

CHAMBELÁN.- Duro, hijo. Por probar... (Otro alarido de trompeta.)

Más largo y vibrante. Al terminar, una pausa.) Te envidio, chico. Años y años tocando ese chisme. Siglos enteros. Y cada amanecer con más brío. Eres incansable.

HERALDO.- ¡Mi trompeta es inmortal! (Orgullosa.) Es la que hace sonreír a los hombres cuando sueñan locuras maravillosas que los traerán a la Gloria. Es la que inspira sus fantasías más hermosas. (Con ternura.) Cuando los soñadores la oyen ya no pueden olvidarla jamás. Por eso toco al amanecer, que es la hora de los sueños. De noche los hombres sólo tienen visitas desagradables. (Despectivo.) El diablo, los fantasmas y los aparecidos... Gente pasada de moda.

CHAMBELÁN.- Ya, ya. Pero mira. Los hombres se han hecho reaccionarios. No te oyen... Ni uno.

HERALDO.- (Dolorido.) Estoy en ridículo.

CHAMBELÁN.- Sí. En la Gloria todos estamos en ridículo. Hasta la trompeta. Berr...

HERALDO.- (Bruscamente, lleno de ira, se encarama sobre la balaustrada. Y grita y gesticula hacia abajo.) ¡Oídmeme!

CHAMBELÁN.- (Asustado.) ¡Muchacho!

HERALDO.- ¡Oídmeme! Por la montaña se va la luna con siete estrellas de plata. ¡Amanece! ¡Despertad, poetas!

CHAMBELÁN.- (Sesudo.) Imposible. Se acuestan tardísimo.

HERALDO.- ¡Oídmeme! Es preciso despertar para que soñéis vuestro poema inmortal, que os traerá a la Gloria. ¡Levantaos los amadores que soñáis con la gloria de Don Juan! ¡Vivos, vosotros, soldados que queréis ser inmortales, como Guillermo Tell, Alejandro Magno o Napoleón! Y vosotros, adoradores de lo generoso y heroico, ¡despertad!, porque el gran sueño de perfección y de heroísmo viene de la amanecida, mientras repican las campanas de las aldeas y gritan los ruiseñores en los pinos... ¡¡Oídmeme todos!! ¡A luchar por la Gloria! ¡A la Gloria! ¡A la Gloria!

CHAMBELÁN.- (Filósofo.) No insistas.

HERALDO.- (Bajando desconsolado.) Es inútil.

CHAMBELÁN.- Tú no sabes... La gente ahora es muy ordenada. Duermen como leños. A las ocho se levantan y hacen gimnasia. El deporte acabará con los sueños. Nos arruina... Una gracia.

HERALDO.- ¡Dios! Pero es tremendo. ¡Ah, no, no!

CHAMBELÁN.- ¡Cuidado! (Y es que el HERALDO, indignadísimo, ha trepado otra vez a la balaustrada y toca desaforadamente la trompeta, sin nota ni orden. Furioso. Un estrépito morrocotudo.) ¡Muchacho, calla..., calla!... ¡Qué escándalo! ¡Se ha vuelto loco!

(Y surge, con su gracia de figurín «fin de siècle», una evocación sigilosa. SARAH BERNHARDT, vestida de blanco y rosa, a la moda parisién de su tiempo, como para un paseo de mañana por el verde y las cascadas del «Bois de Boulogne», con sombrero y sombrilla, su piel de arrugas impecables y sus ademanes de susto.)⁶

SARAH.- ¿Qué es esto? Por favor, criatura... ¡Basta!

HERALDO.- (Enrojeciendo.) ¡Perdón!

CHAMBELÁN.- El pobre... Está desesperado, madame Bernhardt.

SARAH.- (Molesta.) Amigo mío, le ruego que no me llame madame Bernhardt. Es vulgarísimo.

CHAMBELÁN.- ¡Madame!

SARAH.- No, no, no... Los artistas no tenemos tratamiento. Mi nombre nada más. (Con gozo y orgullo.) ¡Sarah Bernhardt!

CHAMBELÁN.- ¡Ah!

SARAH.- Así. Como me decían los críticos, los estudiantes, los bohemios del Barrio Latino y un joven del anfiteatro, pesadísimo, que todas las noches me enviaba sus camelias con una carta. ¡El pobre! Se empeñaba en contarme que me amaba y que era ingeniero... Estaba preocupadísimo por las dos cosas.

CHAMBELÁN.- (Galán.) Yo hubiera querido ser un muchacho del anfiteatro.

SARAH.- (Ríe.) ¡«Oh, là là!»! Amigo mío, no me haga la corte. Prefiero que murmuramos de la gente. Le aseguro que la gran trágica Sarah Bernhardt, en el fondo es un poco frívola. Ahora, en la Gloria, no me importa confesarlo. Me hubiera gustado ser la «Mistinguette».7 (Canta e inicia unos pasos de cuplé.) «Je t'aimorai toujours, ma bonne Colette...» (Transición.) ¡Traigo la noticia del día, Chambelán!

CHAMBELÁN.- Diga, diga. Me encanta.

SARAH.- ¿No sabe usted? Eleonora Duse y D'Annunzio han hecho las paces.8 Están empalagosísimos.

CHAMBELÁN.- ¡Oh!

SARAH.- Calle usted. La gente no tiene formalidad ni en la Gloria. Está visto. (Canturrea.) «Je suis la petite madame Pompadour...» (Acercándose voluble y majestuosa al HERALDO.) ¿Por qué te torturas, pequeño mío?9

HERALDO.- ¡Señora!

SARAH.- Ven aquí... ¿Estás llorando? Deja. (Sonríe.) Ten calma. Tranquilízate. En el mundo los hombres oyen todos los días el toque de tu trompeta. Saben que eres la ilusión y que los llamas a la Gloria, a este paraíso nuestro, donde vivimos los que en el mundo fuimos famosos. Lo que sucede, hijo mío, es que para conseguir la entrada en la Gloria hay que soñarla primero. Y en este siglo XX los hombres sueñan poco. Están ocupadísimos y no tienen tiempo para estas cosas. Pero consuélate. Un día, de todos los rincones de la tierra, vendrán otra vez a la Gloria los poetas, los músicos, los artistas.

HERALDO.- ¡Señora!

SARAH.- El pobre... (Volviéndose al CHAMBELÁN.) Se apura porque no viene gente. Parece que es el empresario.

HERALDO.- ¡Señora! (Un fuerte resplandor rojizo. Salta el CHAMBELÁN y tiembla SARAH.) ¡Mirad!

SARAH.- ¡Dios mío! ¡Fuego! ¡Fuego en la Gloria!

CHAMBELÁN.- (Indignadísimo.) Ca, no señora... Es el faquir.

SARAH.- ¿Quién?

CHAMBELÁN.- Un chiflado. Es un sacerdote indio que un día, en la antigüedad, bailó una danza sagrada delante de los dioses, sobre una

hoguera, sin quemarse los pies. Después explotó el truco, se hizo faquir y fue célebre en todo el mundo. Por eso llegó a la Gloria. Ahora está loco. Todos los días enciende fuego y baila un ratito. No tiene remedio... Una lata. Tendré que encerrarlo (Sale.) .
SARAH.- (Ríe.) ¡Pobrecillo!

(Por el lado opuesto, una singular figura lanza un grito de angustia. Es JUANA DE ARCO. Gran espada en la cintura. Pecho cubierto con coraza y una cruz grabada. Sobre sus hombros se despliega una melena clara, casi rubia. Ha gritado porque toda ella está llena de un inmenso terror... Los brazos, extendidos; los ojos muy abiertos...)

JUANA.- ¡No, no! Por piedad... ¡¡Al fuego, no!!

SARAH.- (Sobrecogida.) ¿Qué dice?

JUANA.- ¡Ese fuego! ¡Esas llamas!... ¡Tened piedad de mí!

HERALDO.- ¡Chiss! ¿No sabe?... Es Juana de Arco. Una muchacha de Orleáns. Murió por su Dios y por su patria. La quemaron en una hoguera. Ahora tiembla cuando ve una llama... Cree que van a sacrificarla otra vez.¹⁰

JUANA.- ¡Piedad!... ¡No lo permitáis! Defendedme. Quieren llevarme a la hoguera otra vez. Mirad: ya encienden el fuego. ¡No, no, no!... ¡Dios mío! Apágalo tú. Otra vez el fuego, no.

SARAH.- (Acogiéndola con ternura.) Niña... Querida mía, cálmate. No temas.

JUANA.- ¡Señor! Miradlos; son tremendos, feroces... Están locos de odio. Todos los días quieren volver y llevarme al fuego como entonces. Tienen unas caras horribles. Oigo otra vez cómo chascan los leños, las retamas y las ramas de pino. Apaga ese fuego. Apártalos. Esos ojos... ¿Por qué me miran así? ¿Por qué me odian? ¡Oh, ese madero es enorme, y me consumirá toda entera! Oídmelo... ¿Por qué echáis al fuego manojos de romero y hierbabuena, si sólo sirven para hacer ramos? (En un tremendo estremecimiento.) Un poco de lluvia, Dios mío. Haz que llueva. El agua apagaría en seguida las llamas y yo podría salvarme...

SARAH.- (La coge y la acaricia.) Criatura... Cierra los ojos.

JUANA.- ¡Me ahogo!

SARAH.- ¡No!... ¡Pobre pequeña! ¡Tan bonita!... Todos los días llueve... (Desaparece el resplandor rojizo de las llamas. Otra vez luz clara, ya de día. Vuelve el CHAMBELÁN.) .

JUANA.- (Escondida en sus brazos.) ¡Gracias!

CHAMBELÁN.- (Contempla el grupo.) Me lo figuré. ¡Condenado faquir! Si pudiera descubrirle el truco...

JUANA.- (En una transición de gozo va desprendiéndose de los brazos de SARAH. Respira en triunfo. Se acaricia con deleite su melena. Sonríe. Vuelve a ella un temblor cándido y alegre. Una niña.) ¡Ay! (Contenta y sorprendida.) ¿Quién es usted, señora? Nunca la vi hasta hoy.

SARAH.- ¡Oh! No es extraño... ¡Esto es tan grande!... Además, yo en la Gloria hago una vida muy retirada... No salgo de noche... Vine cansadísima...

JUANA.- ¡Qué hermosa es usted! Casi tanto como la Gloria. Y su voz es una maravilla. ¿Vendrá conmigo a la orilla del estanque?

SARAH.- (Risueña y como encantada.) ¡Sí!...

JUANA.- (Cogiéndola de la mano.) Vamos. Me gusta estar allí horas y horas. ¡El agua es tan azul y tan bella!... Sólo el fuego es horrible. Pero el agua sirve para apagar el fuego.

SARAH.- ¡Chiquilla! (Y salen.) .

CHAMBELÁN.- (Viéndola ir, paternal y conmovido.) ¡Admirable muchacha! Es de las pocas que, al mismo tiempo, están en el cielo, porque fue santa, y en la Gloria, porque fue una heroína...

(Irrumpe una pareja singular: ELLA y DON JUAN. ELLA, airosa, llena de gracia, con su aire mixto, de gran dama y bulevar. Un traje encantador, a lo 1900. Su talle, esbelto; su estupendo sombrero, su escote blanco y alegre. DON JUAN se atavía como quien es: el Gran Burlador. Pero con escasísima bizarría... Las plumas de su gorrilla están lamentablemente alicaídas. ELLA, delante, como en fuga, porque DON JUAN la asedia...)11.

DON JUAN.- ¡Señora!

ELLA.- Don Juan... Apártese. Por favor.

DON JUAN.- ¡Oídmeme! (Gimotea.) ¡Os lo pido de rodillas!

CHAMBELÁN.- ¡El pobre Don Juan!

HERALDO.- Como todos los días.

CHAMBELÁN.- ¡Qué desgracia tiene este muchacho con las mujeres!... Es una tragedia.

DON JUAN.- (De verdad humillado, con una rodilla en tierra.)

Tened piedad, señora. Pensad que soy yo, ¡yo!, Don Juan quien os suplica. Jamás me incliné ante ninguna mujer. Vos sois la única que rinde todo mi orgullo.

ELLA.- ¡Y dale!

DON JUAN.- Os amo. Queredme, por piedad. Pensad que os lo pide el hombre al que han amado todas las mujeres de la Humanidad. ¿Por qué huís de mí? (Terrible.) Ya lo sé. Por ese majadero. Un hombre tan sucio.

ELLA.- ¡Silencio!

DON JUAN.- ¡Un hombre inferior! ¡Un esclavo! ¡Eso es!

ELLA.- Le prohíbo a usted que lo insulte. ¡Llamar esclavo a un bailarín negro que vino a la Gloria porque se hizo célebre bailando en todos los «cabarés» del mundo!

DON JUAN.- (Dramático.) ¡Oh, si en la Gloria pudiéramos matarnos unos a otros!

ELLA.- Debería darle a usted vergüenza hablar de ese modo. Usted, que está en la Gloria por lástima. Porque, en realidad, nadie sabe si el Burlador de Sevilla ha existido o no.

TODOS.- ¡Oh!

DON JUAN.- ¡Cómo me humilláis! Pero, decidme. ¿Por qué no podéis amarme? ¿Es que me encontráis extraño?
ELLA.- ¡Por Dios! Antiquísimo. Con esa facha...
DON JUAN.- ¡Oh!
ELLA.- Y esa barba. Feísima.
DON JUAN.- ¡Señora! ¡¡Que soy Don Juan!!
ELLA.- Un cursi (Y sale, frívola y burlona.) .
DON JUAN.- (Desgarrado.) ¡¡Ay de mí!!
CHAMBELÁN.- ¡Pobrecillo!...
HERALDO.- ¡Me da lástima!... (Vuelve la BERNHARDT.) .
SARAH.- ¡Pero Díos mío! Don Juan de rodillas...
CHAMBELÁN.- El pobre... Tiene un sino...; es un fracaso.

(Rodean a DON JUAN, que está acongojadísimo. El CHAMBELÁN le incorpora y le da golpecitos en el hombro.)

DON JUAN.- ¡¡Dios!! Y pensar que en este momento, en el mundo, hay millares de mujeres hermosas que sueñan conmigo...
SARAH.- ¡«Oh, là là!»! No sea usted presumido. Las muchachas románticas sueñan con usted porque no le han visto nunca. La verdad es que así de cerca, pierde usted mucho.
DON JUAN.- (Otro sollozo.) ¡¡Oh!!
CHAMBELÁN.- Ea, ea, Don Juan. ¡Vaya! Un poco de valor. (Filosófico.) Las mujeres... Seréense. Recuerde que estamos en la Gloria.
DON JUAN.- Ella tiene la culpa de que para mí esto no sea la Gloria, sino el infierno.
SARAH.- (Curiosa.) Pero ¿quién es esa mujer?
DON JUAN.- Señora, ¿es posible que no lo sepáis? ¡Es la Fornarina!12
TODOS.- ¡Oh!
SARAH.- (Sublime.) ¡Una cupletista! ¡Qué vergüenza! (De pronto, el HERALDO chilla y adopta militar posición de firme.) .
HERALDO.- ¡¡Silencio!!
SARAH.- ¿Qué ocurre?
HERALDO.- (Solemne.) ¡¡El Emperador!!
SARAH.- ¿Cuál de ellos?
CHAMBELÁN.- (Reverente.) ¡Chis!... El Emperador es siempre él: ¡Napoleón!
SARAH.- ¡Bah! Me fastidian los emperadores y los reyes. Son unos presumidos. Parece que nadie tiene tanto derecho como ellos a estar en la Gloria.

(Entra pausado y taciturno, la cabeza baja, una mano a la espalda, otra con los dedos entre la botonadura de la casaca, NAPOLEÓN. La mirada en el suelo. Una gran abstracción en el incógnito soliloquio. Cruza delante de los demás personajes sin mirarlos siquiera y se dirige a la balaustrada.)

HERALDO.- ¡Señor!
CHAMBELÁN.- ¡Majestad
NAPOLEÓN.- ¿Sin novedad, Chambelán?
CHAMBELÁN.- Ninguna, señor. Otro día en blanco.
NAPOLEÓN.- (Desconsolado.) ¿Nadie?
CHAMBELÁN.- ¡Nadie! Es una pena.
NAPOLEÓN.- (Allá, en el fondo, como hablando a la tierra desde la gran balconada.) ¡Mundo del siglo XX! ¿Qué gente es la tuya que entre tantos millones de seres no logras enviarnos a la Gloria un solo hombre todos los días? ¿Qué humanidad habéis formado tan ruin y tan poco ambiciosa? ¿Cuando pienso que yo soñé con la conquista del universo!... Vosotros vivís de nuestro recuerdo más que por vuestras propias obras. Olvidasteis que vivir es crear una ambición cada día, y os habéis hecho conservadores. Vuestra vida es peor que la muerte, porque dormís sin sueños... El más humilde de mis soldados llevaba en su mochila el bastón de mariscal. Vosotros, en cambio, en vuestras cabezas habéis tapado con barro el rincón de la fantasía. Todavía no comprendisteis que la vida sólo es bella cuando es el camino para la inmortalidad. ¡Oh, ni siquiera os sirve vuestra civilización para apretar más los ojos y soñar con más fuerza!
DON JUAN.- ¡Quia, no señor! Al contrario. La civilización convierte a los hombres en personas de buena educación. Y estamos perdidos. Adiós las bravas aventuras. Las hermosas leyendas. (Suspira.) Creo que hoy día, en mi país, los seductores más terribles terminan sus lances casándose en los Jerónimos o en San Ginés...¹³ (Ruborizado.) ¡Qué poca vergüenza!
SARAH.- Es desesperante. La Gloria sin gente nueva resulta aburridísima...
CHAMBELÁN.- (Muy triste, como todos.) Berr... Un día tendremos que cerrar. Veréis.

(Un silencio acongojado. Y de pronto, brinca en el aire un grito del HERALDO.)

HERALDO.- ¡Aleluya! ¡Aleluya!
TODOS.- (Suspensos.) ¿Qué?
HERALDO.- (Un grito frenético, gozoso, loco. Agita la trompeta.)
¡¡Aleluya!!
CHAMBELÁN.- ¡Chico!
NAPOLEÓN.- ¡Diablo!
HERALDO.- ¡Aleluya!
SARAH.- Habla. ¿Qué es esto? (Acuden todos presurosos al lado del HERALDO. Miran por el balcón.)
HERALDO.- ¡Mirad! Sube un hombre ¡Vedlo!
DON JUAN.- ¡Cierto!
SARAH.- (Muy alegre y palmoteando.) ¡Mirad!... ¡Mirad! Viene un muchacho. Un chico.
CHAMBELÁN.- ¡Qué joven es!

HERALDO.- Ya era hora. En la Gloria todos tienen reuma.

DON JUAN.- ¡¡Ya llega!!

SARAH.- ¡Aprisa! ¡Aprisa!

HERALDO.- ¡Aleluya! Aquí está...

(Apártanse de la entrada para abrir camino al que llega. Es ROBERT LORRY.¹⁴ Un mozo de cara morena. Anchos hombros; traje sport; terriblemente alegre y desenfadado. Una alegre distinción, entre desenvoltura y descuido. Plántase en medio de todos y agita la mano con ademán deportivo.)

ROBERT.- ¡«Good bye»! ¡Hola, muchachos!

CHAMBELÁN.- (En funciones.) ¡Adelante!

ROBERT.- «My dear... Yes». (Divertidísimo.) Son unos tipos extraordinarios. (Dándole golpecitos en la barbilla al CHAMBELÁN.) ¡Vaya, barbián!

CHAMBELÁN.- Más respeto. ¡Está usted en la Gloria!

ROBERT.- Resulta que la Gloria es mucho más divertida de lo que yo creía. Es estupendo.

CHAMBELÁN.- ¡¡Silencio!! ¿Quién es usted?

DON JUAN.- Eso. ¿Quién es?

SARAH.- Yo soy muy curiosa. Dilo. ¿Quién eres tú?

ROBERT.- (Atónito.) Pero ¿es posible que no lo sepan? ¡Es el colmo! ¿En qué país estamos? ¡Fíjense bien! ¿Cómo puede ser que no me conozcan?

DON JUAN.- No, no... Palabra. ¡Esto está tan retirado!..

SARAH.- (Bajo.) Creo que estamos en ridículo.

CHAMBELÁN.- Sí. Tendremos que modernizar la Gloria. Leer los periódicos. Oír la radio.

ROBERT.- (Ofendido.) Es increíble... Soy Robert Lorry. (Orgullosísimo.) ¡El maravilloso actor Robert Lorry! De Hollywood...

TODOS.- ¡Oh!

ROBERT.- ¡Soy célebre en el mundo entero! Mis películas recorren toda la tierra. Mis fotografías se publican en todos los periódicos del universo. Me piden autógrafos y retratos. Estos días he hecho declaraciones a la prensa afirmando que me fastidia la colonización en África del Sur, porque se le quita carácter al continente y los indígenas de Madagascar están estudiando la forma de concederme una subvención para que rectifique. Soy millonario. He tenido una cuestión personal con el Presidente de la República. (Todo indignación.) ¡Vamos, hombre! ¡Y todavía dicen que no me conocen! (Los demás bajan la cabeza avergonzados.)

CHAMBELÁN.- ¡Perdón!

ROBERT.- Pero mi gran triunfo fue anoche... (Entusiasmado.) Por eso he llegado hoy a la Gloria definitivamente. Para siempre.

CHAMBELÁN.- ¡Hola! Cuéntenos...

TODOS.- (Rodeándole.) Diga, diga...

ROBERT.- Fue inolvidable. Anoche... (Pero es interrumpido por la entrada atolondrada de un nuevo personaje. Es DIEGO CORRIENTES,15 tocado de monterilla, armado de trabuco, patilludo y apuesto, en su más bizarra evocación.) ¡Oh! ¿Quién es este tipo?

CHAMBELÁN.- (Muy molesto.) ¡Diego Corrientes! Un pelmazo.

DIEGO.- Por favor, amigos míos. Ayudadme...

HERALDO.- ¡Señor don Diego!

NAPOLEÓN.- ¡Al diablo!

DIEGO.- Es tremendo, espantoso... He encontrado una cartera perdida. Tiene dentro muchísimo dinero. ¡Figuraos! No sé qué hacer con ella. Por favor. ¿Estáis seguros de que ninguno ha extraviado la cartera?

CHAMBELÁN.- ¡Oh!

DON JUAN.- ¡Somos pobres, don Diego!

DIEGO.- Entonces, ¿quién será el desdichado? Es horrible. Diablos, no conozco a este caballero. ¡Ah, bueno!... Usted es nuevo en la Gloria. Me presentaré. Soy Diego Corrientes.

ROBERT.- ¡El bandido!

DIEGO.- El mismo, sí señor. Para servirle.

ROBERT.- (Contentísimo.) ¡Un bandido español! Y completo; con trabuco y todo. ¡«O-key»!

DIEGO.- (Encantado.) Sí, sí. Eso. ¿Usted también es bandido?

ROBERT.- ¡No!

DIEGO.- ¡Qué lástima! Es que como a los de ahora no se los distingue... Y, sin embargo, tiene buena pinta. Serviría. Pero, perdóneme. Me voy. He de encontrar al infeliz que ha perdido esta cartera. No puedo tener en mi poder un dinero que no es mío. Me quema las manos.

ROBERT.- ¿De veras?

DIEGO.- Sí, sí. Yo en cuestiones de moral soy intransigente.

ROBERT.- ¡¡Pero eso es interesantísimo!!

CHAMBELÁN.- Es todo un hombre.

DON JUAN.- ¡Un caballero!

SARAH.- Es un hombre de honor.

ROBERT.- (Admiradísimo.) ¡Caramba! Entonces ese trabuco...

DIEGO.- Qué quiere usted... Hay que vestir el tipo. La tradición. La fama... Por algo se está en la Gloria. Uno ha de ser fiel a su propia historia; en fin, se ve que usted es nuevo. ¡Vaya!... Discúlpeme... Recorreré toda la Gloria buscando al dueño de esta cartera. ¡Qué lástima!, voy a perder la mañana y no podré asistir a clase.

ROBERT.- ¿A clase?

DIEGO.- Sí, sí... Alfonso el Sabio me da todos los días lecciones de Derecho. Hoy me toca el Procesal. Adiós, caballero. Diego Corrientes a sus órdenes. Dios mío, ¿quién será el desdichado que ha perdido la cartera? Si la llega a encontrar otro que no fuera yo... Con la gentecita que hay en la Gloria... (Y sale.)

ROBERT.- ¡Es formidable! ¡Extraordinario! Si lo supieran en Hollywood...

SARAH.- «Mon cheri!». (Coge del brazo a ROBERT.) Cuéntanos

todo... ¿Por qué has llegado a la Gloria? Di. Anoche..., ¿qué sucedió?

CHAMBELÁN.- Hable, joven, es un trámite imprescindible.

HERALDO.- Tengo una curiosidad...

SARAH.- Dilo.

ROBERT.- Anoche... Fue magnífico. «¡Yes!». (Encantado.) Nunca pude imaginarlo. Todas las calles de Hollywood con sus luces encendidas... Todos los automóviles parados, sonando las sirenas...

Y la muchedumbre con su clamor: ¡Robert Lorry! ¡Robert Lorry! Era maravilloso. Anoche se estrenó mi mejor película, La vida de Napoleón. Y Napoleón soy yo.¹⁶

NAPOLEÓN.- (Volviéndose airadísimo.) ¡Quia!

ROBERT.- ¡¡Eh!!

CHAMBELÁN.- (Severo.) ¡Pollo!... Napoleón es este señor.

ROBERT.- No, no... Le juro que Napoleón soy yo. Estoy segurísimo.

NAPOLEÓN.- ¡Oh!

ROBERT.- Este señor se parece algo, sí... Es curioso.

(Transición. Ríe.) ¡Ah, vamos! Usted es el auténtico. Bueno, eso no tiene importancia.

NAPOLEÓN.- ¡Miserable!

ROBERT.- (Riendo.) Muy gracioso... ¿Quién lo iba a decir? Pero si lo viera el director... ¡Cuántos defectos le iba a poner!

NAPOLEÓN.- ¡Cielos! ¿A mí defectos? ¿Oís?...

ROBERT.- Le advierto, querido, que en la película le he representado con todo cuidado.

NAPOLEÓN.- (Brinca.) ¡¡Eh!! ¿Que este mamarracho me ha representado a mí?...

ROBERT.- ¡Oiga!

NAPOLEÓN.- ¡Y en una película! ¡Imposible!... Es muchísimo más alto que yo.

NAPOLEÓN.- ¡Chambelán!...

CHAMBELÁN.- Mañana los jóvenes se peinarán como Robert Lorry. Vestirán como Robert Lorry. Montarán a caballo como Robert Lorry. Y los más bizarros gritarán llenos de orgullo: ¡soy un Robert Lorry! Después todas las muchachas se enamorarán de él...

DON JUAN.- (Un suspiro.) ¡Qué suerte!

CHAMBELÁN.- ¡Todo eso también es la Gloria, Majestad!

NAPOLEÓN.- (Después de un silencio. Muy conmovido.) Entonces... La Gloria no tiene importancia.

CHAMBELÁN.- ¡Sí! La gloria es maravillosa. Ése es el misterio. En realidad, somos nosotros, los hombres, quienes apenas tenemos importancia.

NAPOLEÓN.- ¡Oh! ¡Callaos!... (Otro gran silencio.) Entonces..., amigos míos, ¡adiós!

TODOS.- ¿Eh?

CHAMBELÁN.- ¡Oh, Majestad!

NAPOLEÓN.- ¡Sí, sí! Acabo de decidirlo. Me voy de la Gloria.

CHAMBELÁN.- ¡Imposible, Majestad!

NAPOLEÓN.- ¡Silencio! ¡Dejadme! ¡Es irrevocable mi decisión! ¡Me

marcho!

CHAMBELÁN.- Pero, ¿a dónde irá Vuestra Majestad?

NAPOLEÓN.- No lo sé. A cualquier sitio donde no me conozcan. Al limbo.²⁰ ¡Eso es!

TODOS.- ¡Oh!

SARAH.- ¡Qué drama!

NAPOLEÓN.- (Amargamente.) Lejos de aquí, donde moriría para siempre lleno de sonrojo y de rubor; donde, desde que llegó ese jovencuelo, no seré más que un intruso.

DON JUAN.- ¿Qué decís?

SARAH.- Se ha vuelto loco.

CHAMBELÁN.- ¡Señor! ¿Napoleón un intruso?...

NAPOLEÓN.- ¡Sí! Escuchad. Hay una gloria miserable y traidora; es esta que algunos alcanzan imitando nuestras vidas, parodiando la aventura de los que en el mundo combatimos por una inmortalidad...

Son gentes entrometidas: los cómicos.

SARAH.- ¡Oiga!

NAPOLEÓN.- Perdonad, señora, si os ofendo. Son mis últimos momentos en la Gloria. Me voy. Sé que desde hoy mi gloria ha palidecido para siempre. En el mundo, las gentes ya no me recordarán como fui. De la imaginación de todos desaparecerá la visión exacta que de mí dieron los buenos amigos que escribieron mi historia.

Todos me recordarán a través de ese mozo insolente. Napoleón ya es Robert Lorry. Napoleón tendrá la cara de ese mozalbete, sus ojos, sus andares, su tipo... Porque el mío no vale. (Muy emocionado. Los demás bajan la cabeza.) Poco a poco, al mismo tiempo que esa película va por el mundo, yo me iré apartando de mi propia gloria.

Los historiadores de mañana escribirán que yo he muerto escuchando una orquesta de violines... Las generaciones futuras creerán que yo amaba las flores de almendro. Mi verdad, mi auténtica existencia, ya no merece la pena. Mi gloria ha desaparecido. (Un silencio.) Pero yo soy orgulloso. No lo soportaré. ¡Soy Napoleón Bonaparte, Emperador de Francia! Yo no puedo vivir en la Gloria, entre vosotros, en ridículo. ¡No, no, no! ¡Mil veces no! Por ahí anda María Estuardo, la Reina de Escocia, que desde que llegó a la Gloria una peliculera que interpretó su vida, nadie le hace caso.²¹ La pobre está avergonzadísima. A la peliculera todos le dicen al saludarla: «Buenos días, Majestad». A la Reina apenas: «Hola, María...». ¡No, no, no! ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Me voy!

SARAH.- ¡No puedo oírlo!

HERALDO.- ¡Pobrecillo!

DON JUAN.- ¡Todo un hombre!

NAPOLEÓN.- Adiós, amigos míos. Despedidme de todos. A vosotros siempre os recordaré emocionado.

CHAMBELÁN.- ¡Pero, señor!...

NAPOLEÓN.- (Dándole la mano.) ¡Ni una palabra, Chambelán! ¡Adiós, Don Juan! ¡Señora!

DON JUAN.- ¡Señor!

SARAH.- ¡Oh!

NAPOLEÓN.- (Embutiéndose en el capote, a punto de descender por

la escalera.) ¡Adiós!

HERALDO.- ¡Yo me voy con él!

NAPOLÉÓN.- Gracias, hijo mío... Pero no es posible. Sin ti, la Gloria y el mundo desaparecerían. Tú eres nada menos que la trompeta de la ilusión. Te necesitan los hombres y los fantasmas...

HERALDO.- (Gime.) ¡Oh!

CHAMBELÁN.- ¡Señor! Por última vez. Decidnos. ¿Adónde vais?

NAPOLÉÓN.- Adonde me manda la gloria de Robert Lorry. ¡Al olvido!
(Desaparece. Todos se acercan a la balaustrada y le despiden con la mano.)

SARAH.- ¡Es un héroe!

DON JUAN.- ¡Qué arrogancia!

CHAMBELÁN.- La Gloria ha perdido su mejor habitante.

HERALDO.- ¡Viva el Emperador!

TODOS.- (Conmovidísimos.) ¡¡Viva!!

(DIEGO CORRIENTES, consternado, casi corriendo, entra con las manos en la cabeza.)

DIEGO.- ¡Es horrible, tremendo, espantoso! ¡Una tragedia!

SARAH.- ¿Qué es esto?

DON JUAN.- Por los cielos, ¿qué sucede?

CHAMBELÁN.- ¡Qué día!

DIEGO.- (Asfixiándose.) ¡La cartera! ¡La cartera!

TODOS.- ¿Qué?...

DIEGO.- ¡Que me han robado la cartera!

TODOS.- ¡¡Oh!!

TELÓN

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

